

**El discurso histórico sobre las sociedades
coloniales centroamericanas: ensayo en torno a
la historia, la colonización cultural y el desarrollo**

“La verdad histórica [...] no es lo que sucedió; es lo que juzgamos que sucedió.”
— Jorge Luis Borges, *Pierre Menard, autor del Quijote*, 1939

Durante el invierno de 1991 conocimos la convocatoria del Primer Congreso Centroamericano de Historia que se celebraría en julio de 1992 en Tegucigalpa, Honduras. Junto a la noticia recibimos asimismo una invitación cursada por su comité organizador, a través del Comité Nacional Quinto Centenario de España, para participar activamente en sus sesiones. El congreso estaba promovido por la Escuela de Historia de la Universidad Nacional Autónoma de Honduras y apoyado económicamente por la Comisión Nacional de Honduras para la Conmemoración del Quinto Centenario del Descubrimiento de América, que lo consideró como un acto adecuado para las efemérides. Asimismo, el Comité Nacional Quinto Centenario de España apoyaba técnica y económicamente el evento.

El acontecimiento académico era notable: el primer congreso general sobre historia de la América Central, celebrado en Centroamérica y organizado por centroamericanos. Este hecho, su circunstancial coincidencia con la polémica celebración del “descubrimiento” colombino —y todas sus consecuencias— y la posibilidad de compartir unas jornadas de trabajo con los colegas que se ocupan del estudio de las sociedades históricas de América Central, nos parecieron motivos suficientes para aceptar la invitación que tan gentilmente se nos ofrecía.

Nos pareció que el congreso era también el foro adecuado, una oportunidad singular, para exponer y discutir, ante y con nuestros colegas, algunas ideas y cuestiones que nos vienen preocupando desde que en 1985 viera la luz nuestro estudio sobre las consecuencias que la conquista tuvo para los mayas de los altos occidentales de Guatemala durante el siglo XVI.¹ Decidimos, por ello, participar en el congreso haciendo una aportación que no tendría

Nacido en España, Elías Zamora Acosta obtuvo un doctorado en geografía e historia en la Universidad de Sevilla, donde es profesor en el departamento de Antropología Social y Sociología. La primera versión de este trabajo fue presentada en las sesiones del Primer Congreso Centroamericano de Historia, celebrado en Tegucigalpa en julio de 1992. El autor agradece a la comisión organizadora el permiso para publicar el texto en *Mesoamérica*.

¹ Elías Zamora Acosta, *Los mayas de las tierras altas en el siglo XVI: tradición y cambio en Guatemala* (Sevilla: Diputación Provincial de Sevilla, 1985).

el carácter científico que se acostumbra y espera en este tipo de reuniones: no presentaríamos una comunicación de sentido histórico que aportara nuevos datos, cronologías o argumentos, ni siquiera una reinterpretación de hechos conocidos a la luz de nuevos enfoques.

Consideramos que era un momento adecuado para contar una historia —en el sentido narrativo del vocablo— sobre la historia —en el sentido académico— de la América Central durante el período colonial. Aunque es cierto que nuestros conocimientos historiográficos abarcan sólo una parte del territorio y durante un período no excesivamente largo de tiempo, pensamos que las ideas que hemos pretendido transmitir son aplicables a toda Centroamérica y a los estudios que se refieren al menos a la totalidad del período colonial. Las palabras que siguen tratan de ser entonces un reflejo de estas ideas y una aportación a la discusión de las mismas.

Sobre las ciencias sociales, la historia y las historias

Permítasenos comenzar con una breve y atrevida disquisición sobre las llamadas ciencias sociales y el estudio de las sociedades históricas, sus objetivos y utilidad. Llamamos *ciencia* a una forma especial de conocimiento y explicación o interpretación del universo que cumple con ciertos requisitos y convenciones, entre ellos los de publicidad y contrastabilidad. Sigue un método de análisis hipotético-deductivo y trata de formular ciertas generalizaciones acerca de sus objetos de estudio,² que deben ser “entes reales (o presuntamente tales), actuales o posibles, pasados, presentes o futuros”.³

Si este tipo de conocimiento se aplica a, o tiene como objetivo la formulación de generalizaciones sobre la conducta de los hombres o sobre la organización y dinámica de las sociedades humanas, entonces hablamos de ciencias sociales. En el caso del estudio de sociedades históricas, el científico social se aproxima a ellas con el objetivo de comprobar ciertas teorías que no pueden ser comprobadas y contrastadas en las sociedades contemporáneas; para formular determinadas generalizaciones que precisan contrastarse en diversos momentos históricos para probar su universalidad; o bien porque se interesa por procesos de tanta profundidad temporal —ciclos largos— que no pueden ser analizados más que a través de la observación histórica.

Junto a esta forma de conocimiento de lo humano o lo social, existe otra que atiende exclusivamente a la descripción de los fenómenos. Dos son los modos de aproximación a estos fenómenos. En un caso el especialista, digamos, el historiador se acerca al acontecimiento o al proceso histórico con las armas que le facilita una teoría, paradigma o enfoque determinado. Este bagaje le permite disponer de un método para ensamblar, ordenar y

² Véase, por ejemplo, Peter Hodgson, “Presupuestos y límites de la ciencia”, en *Estructura y desarrollo de la ciencia*, P. Feyerabend, G. Radnitzky, W. Stegmüller, et al., editores (Madrid: Alianza Editorial, 1984), pp. 131-144.

³ Mario Bunge, *Seudociencia e ideología* (Madrid: Alianza Editorial, 1985), pág. 28.

describir los datos relativos a los hechos que le interesan. Supone también que el historiador dispone de una teoría o interpretación de la realidad que considera adecuada: un armazón sobre el cual ordenar los datos. La decisión sobre la bondad de uno u otro paradigma tiene sus raíces en la ideología y es consecuencia de la cosmovisión general del sujeto o grupo que hace la elección (no debemos olvidar que las teorías, y las ciencias en general, corresponden al universo que denominamos ideológico, a las superestructuras).

Una segunda forma de enfrentarse a esta descripción de fenómenos, sin interés por la formulación de principios generales, es aquella que se interesa sólo por el hecho; se aproxima al fenómeno desde el mero empirismo y considera, además, que no existe ningún axioma o teoría previo que pueda explicar el acaecer de lo humano. Interesa el acontecimiento y su relación con otros: el resultado no puede ir más allá de la descripción. Es el modo de conocimiento que Dilthey consideraba propio de las ciencias humanas, del estudio del mundo del espíritu, y que ha sido denominado ideográfico o particularizador.⁴ Esgrimiendo como argumento fundamental que lo humano no puede reducirse a ninguna teoría general, resulta obvio que esta posición es en sí misma una posición teórica (esto es, ideológica), un enfoque para aproximarse a los hechos. Un paradigma antiguo y bastante próximo, por lo demás, al más vanguardista que argumenta el principio de la incertidumbre y la impredecibilidad (¿escepticismo?) de los acontecimientos del universo y especialmente de los acontecimientos humanos, sean históricos o no.

Este modo de conocimiento empírico y descriptivo es el que ha caracterizado y caracteriza a los estudios históricos, salvo escasas excepciones. Desde esta perspectiva, la historia es una narración que habla del origen y desarrollo de las sociedades humanas: quiénes somos; cómo y por qué hemos llegado a ser así; cuáles son los acontecimientos sobresalientes de una sociedad en su devenir. Como tal narración de lo que sucedió, la historia así entendida constituye una forma de discurso mítico.⁵ La descripción histórica, como narración o relato especialmente ordenado, constituye esencialmente un discurso émico; esto es, un discurso que responde a ciertas categorías cognitivas y mentales, ideológicas, de quien lo produce. El relato histórico está construido según las categorías cognitivas, los esquemas mentales básicos del historiador. No debemos olvidar en este punto que la narración histórica es un hecho cultural y que como tal está sometido a los principios específicos de cada cultura particular, incluidas las especiales concepciones de las coordenadas

⁴ Véase, H. A. Hodges, *The Philosophy of Wilhelm Dilthey* (London: Routledge & Kegan Paul, 1952).

⁵ El autor entiende el mito, según lo define Dundes, como "una historia o narración sagrada que explica cómo el mundo y la humanidad llegaron a ser tal como los conocemos en su forma actual"; *Sacred Narratives: Readings in the Theory of Myth*, Allan Dundes, editor (Berkeley: University of California Press, 1984), pág. 1. La consideración de algo como "sagrado" o "profano" en cada sociedad o momento histórico sería objeto de otra discusión.

temporales de cada universo cultural y, por consiguiente, a las particulares percepciones de los procesos de cada cultura.⁶

Es cierto que pueden existir algunas diferencias entre la naturaleza del mito y la del relato histórico de que hablamos aquí. Mientras que el primero contiene en buena medida pasajes inventados, aunque admitidos como ciertos por los miembros del grupo protagonista, en el relato histórico la mayor parte de los hechos que se narran están documentados: las evidentes diferencias que existen entre los relatos de emigración de los pueblos mesoamericanos —mexicas, k'iche's, kaqchikeles...— y las pruebas arqueológicas de tales movimientos, son una buena muestra de ello. Sin embargo, las explicaciones que se dan a los acontecimientos históricos, su interpretación y finalidad, responden a principios semejantes en el mito y el relato histórico: son interpretaciones construidas a partir de la cosmovisión propia de la cultura del autor del mito o de la descripción histórica. Uno y otra tienen, además, funciones implícitas y explícitas que es posible conocer.

Hay en consecuencia dos tipos de historia. La que el historiador realiza de su propio pasado, de la formación social a la que pertenece, que constituye una interpretación o explicación de su propio devenir, hecha con y desde sus propias categorías culturales de las que evidentemente no se puede desprender. Existe, por otro lado, la historia que el historiador hace del devenir de otros pueblos y que se construye también desde variables propias de la cultura del historiador. En este caso, el historiador construye e interpreta los procesos sociales del *otro*, desde categorías culturales que no le son propias: en algún sentido se está apropiando de su pasado. Llevado este razonamiento a su último extremo, se podría afirmar que no existe la *objetividad*, la *verdad* histórica, más allá del dato específico, del mero acontecimiento: la historia interpretativa es una invención.

Puede resultar ilustrativa aquí aquella fábula del antropólogo europeo que estudiaba las historias —“mitos de origen” se les llama no con demasiada inocencia— de grupos nativos centroafricanos. Se trata de una historia de ficción que pudimos leer en una revista de humor en forma de viñetas o *comics*. El antropólogo, vestido con todo el atavío propio de su condición y circunstancia, incluidos salacot y polainas, aparece en un poblado acompañado de una joven y bella discípula que posteriormente habría de convertirse en su esposa. Allí pregunta a los ancianos si pueden contarle algún “mito” sobre el origen de su pueblo.

Los ancianos, sorprendidos, le contestan que no entienden de qué les habla y piden al antropólogo que, a modo de ejemplo, les cuente alguno de esos mitos para saber así de qué se trata.

⁶ Después de la redacción de este trabajo, ha aparecido un texto del sociólogo francés Bertrand Badie que desarrolla con profundidad el carácter culturalmente condicionado del relato histórico; Bertrand Badie, “Análisis comparado y sociología histórica”, *Revista Internacional de Ciencias Sociales* 133 (septiembre, 1992): 341-350. En la misma publicación aparecen textos de otros autores donde se discute esta cuestión desde diversas perspectivas.

El antropólogo, complacido, les relata un conocido mito de origen de un pueblo vecino. Los nativos, más sorprendidos aún, se muestran felices al conocer la historia de sus vecinos. Acto seguido apresan al incauto antropólogo y a su bella ayudante, y requisan todas sus pertenencias: sólo obtendrían la libertad y los bártulos una vez que les hubiera contado a ellos y a todos los poblados vecinos sus respectivos mitos de origen; todas aquellas historias que ellos mismos desconocían.

La solución fue fatigosa para el nada aventurero científico: haciendo uso de todos sus conocimientos etnográficos y de una gran dosis de imaginación, fue inventando, uno a uno, el mito de origen de cada grupo de los que habitaban el territorio que él decía haber ido a estudiar. Liberado al fin, casado con su atractiva discípula y en la paz del hogar, muchos años después, el antropólogo muestra a su hijo adolescente un libro del que él mismo resulta ser autor y que lleva por título algo así: *La rana saltarina y otros mitos de origen: aportación a la etnología de Africa Central*.

Es obvio que el relato que acabamos de citar es una caricatura, quizá un tanto cruel y malintencionada, pero que ilustra de un modo esperpéntico las ideas que hemos venido expresando. No queremos, sin embargo, dar la impresión de que consideramos fraudulentos a los historiadores de otros pueblos ni estamos defendiendo posiciones maximalistas en favor del particularismo historicista. Tampoco pretendemos argumentar la inconveniencia o imposibilidad de que el historiador analice procesos históricos de otras culturas distintas a la suya; ni siquiera la validez "científica" de tales estudios. Sólo queremos poner de relieve el hecho de que estas historias del otro son la visión que se tiene de su desarrollo cultural desde una perspectiva que no es la de la cultura estudiada; esto es, que no puede predicarse de este tipo de historia la validez universal de las explicaciones o interpretaciones, ni su validez para aquellos que son protagonistas del relato.⁷

No debe deducirse igualmente, la inutilidad de los esfuerzos de los historiadores de las otras culturas, ni de la inversión económica que la tarea lleva consigo. La historia de la propia cultura y la de los demás tiene objetivos y funciones, a veces manifiestas y a veces latentes, que pueden justificar su realización. Contrastar teorías y formular ciertas generalizaciones sobre la naturaleza del hombre y la sociedad, desde este modo peculiar y consensuado de conocimiento que denominamos ciencia en nuestra tradición cultural, es uno de ellos. Empero, lo es también conocer el pasado de nuestra civilización (quiénes somos, cómo y por qué); ampliar nuestro conocimiento sobre la humanidad; o simplemente satisfacer la curiosidad por lo exótico y distinto,⁸

⁷ Es interesante, en este sentido, las ideas que el historiador francés Georges Duby refleja en su libro *La historia continúa* (Madrid: Editorial Debate, 1992), en el que defiende la concepción de la "historia de autor" como la única posible.

⁸ En este sentido es especialmente encomiable, por su honradez y sinceridad, la declaración de intenciones —casi una confesión— que hace W. George Lovell en el prefacio de su libro *Conquista y cambio cultural: la sierra de los Cuchumatanes de Guatemala, 1500-1821* (Antigua Guatemala: Centro de Investigaciones Regionales de Mesoamérica y

son algunos de los argumentos que pueden validar el trabajo del historiador.

Otros motivos, menos académicos o románticos, pueden también justificar el esfuerzo y la inversión que requieren los estudios históricos: poner de manifiesto situaciones seculares de opresión para intentar combatir las, o justificar algunas acciones de los grupos que detentan el poder —y que financian la investigación— pueden considerarse argumentos de carácter más bien político. Asimismo, la historia puede contribuir a engrandecer al grupo social del historiador mediante la demostración de su propio pasado glorioso: ¿no es la historia uno de los métodos para la exégesis apologética de un pueblo y sus gobernantes? ¿Qué otra cosa hicieron nuestros bien conocidos cronistas de Indias, si exceptuamos algún notable autor como fray Bartolomé de Las Casas? Como también puede contribuir la historia a lavar la mala conciencia colectiva por medio de la explicitación —y consiguiente asunción— de aquellas acciones de los antepasados que consideramos perversas: ¿de qué otro modo se puede situar un historiador español ante los sucesos de la conquista y colonización americana? Finalmente, la historia, igual que las llamadas ciencias sociales, puede contribuir a tener un mejor conocimiento de los otros o del propio pueblo para facilitar su dominación, objetivo y función perversos, pero que ha resultado estar demasiado presente, aunque de manera inconfesable, en muchos proyectos académicos de investigación histórica.

Las historias recientes del sur de Mesoamérica

Debemos ahora abandonar el ámbito de la reflexión crítica sobre la historia y su sentido, y entrar en el terreno más específico de lo que ha venido sucediendo en el campo de la construcción del relato histórico sobre América Central. Debemos hacer la salvedad de que, dada nuestra especialización, nos referiremos fundamentalmente a la historia colonial de la región noroccidental del territorio centroamericano: las narraciones que se refieren a Guatemala y a las regiones más próximas a este país.

En un breve ensayo crítico sobre el libro editado por Murdo J. MacLeod y Robert Wasserstrom, titulado *Spaniards and Indians in Southeastern Mesoamerica*,⁹ afirmábamos que en aquel momento resultaba necesario “un verdadero replanteamiento de los estudios sobre la realidad histórica y actual de los hombres que han vivido y viven en la región [...] que, [...] desde un punto de vista crítico, [...] sirva como punto de partida para la búsqueda de nuevas vías de investigación que superen la simple reconstrucción y descripción de los procesos [históricos]”.¹⁰ Añadíamos que debemos saber si las

Plumsock *Mesoamerican Studies*, 1990), sobre los motivos que le llevaron a emprender el estudio.

⁹ *Spaniards and Indians in Southeastern Mesoamerica: Essays on the History of Ethnic Relations* (Lincoln: University of Nebraska Press, 1983).

¹⁰ Eliás Zamora Acosta, “Sobre los logros y deficiencias de la etnohistoria de los mayas en la época colonial”, *Mesoamérica* 14 (1987): 343.

preguntas que estamos haciendo (en las investigaciones) “son las adecuadas para encontrar solución y explicación a los problemas que tenemos planteados, y si disponemos de los instrumentos teóricos convenientes”.¹¹ Teníamos, en definitiva, algunas dudas sobre lo que estaba sucediendo en el campo de la investigación histórica y antropológica de este territorio.

El libro reseñado en aquella ocasión es un compendio de los trabajos presentados por un grupo de historiadores y antropólogos norteamericanos, en los que pretendían dar a conocer la situación de los estudios en el área referida y los problemas e interrogantes que se debían resolver a partir de ese momento. Los trabajos se presentaron en un seminario celebrado en 1980 en Dedham (Massachusetts). No vamos a entrar de nuevo en la discusión de este interesante y polémico texto, pero sí nos interesa presentar brevemente lo que, en líneas generales, ha sucedido en la investigación histórica del área suroriental de Mesoamérica, o noroccidental de América Central, en los últimos veinte años.

Veamos algunos datos de interés. A finales de la década de 1960 se inició un proyecto de estudio etnohistórico de Guatemala, que se desarrollaría en una colaboración entre antropólogos de las universidades de Sevilla y Pennsylvania.¹² Los frutos comenzaron a publicarse poco después en forma de escritos parciales y posteriormente en cuatro monografías editadas en las décadas de 1970 y 1980 por Pilar Sanchiz, Salvador Rodríguez, Beatriz Suñe y Edward O’Flaherty.¹³

En los comienzos de la década de 1970 aparecieron dos obras de singular importancia de las que eran autores historiadores guatemaltecos. En 1970, Carlos Guzmán Blöcker y Jean Louis Herbert publicaron *Guatemala: una interpretación histórico-social* (México, D.F.: Siglo Veintiuno); y en 1971 salió a la luz *La patria del criollo: ensayo de interpretación de la realidad colonial guatemalteca* (Guatemala: Editorial Universitaria, Universidad de San Carlos). En 1973 apareció la versión inglesa de la magistral obra de Murdo J. MacLeod, que fue publicada en español siete años más tarde.¹⁴ También en 1973 se publicó otra obra fundamental para la historia de Guatemala: el libro

¹¹ Zamora Acosta, “Sobre los logros y deficiencias de la etnohistoria de los mayas”, pág. 345.

¹² Véase Alfredo Jiménez Núñez, “Etnohistoria de Guatemala: informe de un proyecto de antropología en archivos”, *Anuario de Estudios Americanos* 33 (1976): 459-499.

¹³ Pilar Sanchiz Ochoa, *Los hidalgos de Guatemala: realidad y apariencia en un sistema de valores* (Sevilla: Universidad de Sevilla, 1976); Salvador Rodríguez Becerra, *Encomienda y conquista: los inicios de la colonización en Guatemala* (Sevilla: Universidad de Sevilla, 1976); Beatriz Suñe Blanco, *La documentación del cabildo secular de Guatemala (siglo XVI): estudio diplomático y valor etnográfico* (Sevilla: Universidad de Sevilla, 1984); y Edward O’Flaherty, *Iglesia y sociedad en Guatemala (1524-1563): análisis de un proceso cultural* (Sevilla: Seminario de Antropología Americana, Universidad de Sevilla, 1984).

¹⁴ *Spanish Central America: A Socioeconomic History, 1520-1720* (Berkeley: University of California Press, 1973); y la versión española, *Historia socioeconómica de la América Central española, 1520-1720* (Guatemala: Editorial Piedra Santa, 1980).

Quichean Civilization: The Ethnohistoric, Ethnographic and Archaeological Sources (Berkeley: University of California Press), de la que fue autor el antropólogo norteamericano Robert M. Carmack, quien había comenzado en 1966 una serie de publicaciones sobre los pueblos k'iche's que duraría más de dos décadas. En 1974 el historiador español Francisco de Solano publicó su libro sobre los mayas de Guatemala en el siglo XVIII,¹⁵ precedido y seguido por una serie de artículos y comunicaciones en reuniones científicas sobre la historia de Guatemala y América Central. Ese mismo año, el proyecto iniciado en Sevilla a finales de la década de 1960 amplió su área de interés a toda la América Central,¹⁶ a la vez que comenzaba otra fase del proyecto inicial que pretendía un estudio a profundidad de las tierras altas occidentales de Guatemala durante toda su trayectoria histórica; esta vez en colaboración con las universidades de Madrid y Barcelona.¹⁷ En 1978 se publicó el libro de Cristina García Bernal sobre la población y la encomienda en Yucatán en los siglos XVI y XVII, y también ese año apareció un trabajo de carácter general del guatemalteco Julio Castellanos Cambranes sobre la historia agraria de Guatemala.¹⁸

A partir de 1979 y durante toda la década de 1980 se produjo la gran explosión en la publicación de estudios de historia local y regional. En 1979, William L. Sherman publicó su obra sobre el trabajo obligatorio en América Central durante el siglo XVI, traducida al español en 1987.¹⁹ El mismo año se publicó el trabajo de Robert M. Carmack titulado *La evolución del reino quiché* (Guatemala: Editorial Piedra Santa) con edición en inglés en 1981.²⁰ También en 1979 apareció en forma de libro una recopilación de trabajos del mismo autor que recogía estudios sobre los k'iche's desde los tiempos anteriores a la conquista hasta el presente.²¹

¹⁵ Francisco de Solano y Pérez Lila, *Los mayas del siglo XVIII: pervivencia y transformación de la sociedad indígena guatemalteca durante la administración borbónica* (Madrid: Ediciones Cultura Hispánica, 1974).

¹⁶ Fruto de esa ampliación fue la aparición de nuestro trabajo *Etnografía histórica de Costa Rica, 1561-1615* (Sevilla: Universidad de Sevilla, 1980).

¹⁷ Véase J. Alcina, C. Esteva y Alfredo Jiménez, *Proyecto "Cambio cultural en Guatemala"* (Madrid: Universidad Complutense de Madrid, Departamento de Antropología y Etnología de América, 1975).

¹⁸ Manuela Cristina García Bernal, *Yucatán: población y encomienda bajo los Austrias* (Sevilla: Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1978); y Julio Castellanos Cambranes, *Introducción a la historia agraria de Guatemala* (Guatemala: Universidad de San Carlos de Guatemala, 1978). Una segunda edición de este libro apareció en 1986 editado esta vez por Serviprensa Centroamericana, también de Guatemala.

¹⁹ *Forced Native Labor in Sixteenth-Century Central America* (Lincoln: University of Nebraska Press, 1979); y la versión española, *El trabajo forzoso en América Central (siglo XVI)* (Guatemala: Seminario de Integración Social Guatemalteca, 1987).

²⁰ *The Quiché Mayas of Utatlán* (Norman: University of Oklahoma Press, 1981).

²¹ Robert M. Carmack, *Historia social de los quichés* (Guatemala: Seminario de Integración Social Guatemalteca, 1979).

En 1982 apareció una publicación que sería la primera de una larga serie dedicada a tratar los problemas de la demografía histórica de Guatemala: en ella Robert Carmack, John Early y Christopher Lutz presentaban una serie de trabajos de diversos autores que pretendían plantear los principales problemas demográficos del territorio citado desde los tiempos antiguos hasta el momento inmediatamente anterior a los estudios.²² Al mismo tiempo uno de los editores del volumen anterior, Christopher H. Lutz, editaba en español su trabajo *Historia sociodemográfica de Santiago de Guatemala, 1541-1773* (Antigua Guatemala: Centro de Investigaciones Regionales de Mesoamérica). Finalmente, apareció el mismo año un libro de Miles Wortman con una visión general sobre la política en América Central en la segunda fase del período colonial.²³

En 1983 se publicó el libro de Robert Wasserstrom sobre la historia colonial de Chiapas.²⁴ También apareció una obra realizada por un equipo de investigadores franceses que reunía los trabajos realizados en torno a San Andrés Sajcabajá (Guatemala).²⁵ El guatemalteco Flavio Quesada publicó también este año el libro *Estructuración y desarrollo de la administración pública territorial de Guatemala en la colonia y época independiente* (Guatemala: Editorial Universitaria).

El año 1984 fue especialmente fecundo en la publicación de trabajos sobre el área que comentamos. Además de las obras de Beatriz Suñe y Edward O'Flaherty antes citadas, salieron a la calle el trabajo de Nancy M. Farriss sobre los mayas de Yucatán, publicado posteriormente en español, y el libro de Sandra L. Orellana dedicado a la historia tzutujil.²⁶ El año 1985 puso en las librerías una obra del geógrafo escocés afincado en Canadá W. George Lovell, titulado *Conquest and Survival in Colonial Guatemala: A Historical Geography of the Cuchumatán Highlands* (Kingston: McGill-Queen's University Press), cuya edición en español, con algunas revisiones y añadidos, apareció en 1990.²⁷ El mismo año se publicó nuestro libro, ya citado al comienzo de estas páginas, sobre los mayas de las tierras altas en el siglo

²² *The Historical Demography of Highland Guatemala*, Robert M. Carmack, John D. Early y Christopher H. Lutz, editores (Albany: Institute for Mesoamerican Studies, State University of New York, 1982).

²³ *Government and Society in Central America, 1680-1840* (New York: Columbia University Press, 1982).

²⁴ *Class and Society in Central Chiapas* (Berkeley: University of California Press, 1983).

²⁵ *San Andrés Sajcabajá: Peuplement, organisation sociale et encadrement d'une population dans les hautes terres du Guatemala*, Henri Lehmann, editor (Paris: Editions Recherche sur les Civilisations, 1983).

²⁶ Nancy M. Farriss, *Maya Society under Colonial Rule: The Collective Enterprise of Survival* (Princeton: Princeton University Press, 1984), y su versión española, *Los mayas bajo la dominación colonial: la empresa colectiva de la supervivencia* (Madrid: Alianza Editorial, 1992); y Sandra L. Orellana, *The Tzutujil Mayas: Continuity and Change, 1250-1630* (Norman: University of Oklahoma Press, 1984).

²⁷ *Conquista y cambio cultural*.

XVI. Apareció asimismo este año un segundo libro de Severo Martínez Peláez dedicado a los levantamientos de los indígenas contra el poder colonial, y un estudio sobre los sistemas de producción y distribución de mercancías en la Guatemala del siglo XVI, del que era autor Lawrence H. Feldman.²⁸

En 1986 sólo apareció el trabajo del holandés/estadounidense Adriaan C. van Oss, *Catholic Colonialism*, un estudio sobre el papel de lo religioso en el régimen colonial.²⁹ El año 1987 fue otro especialmente prolífico en publicaciones sobre la historia de Guatemala. Apareció el trabajo de Cristina Zilbermann de Luján sobre los terremotos en Guatemala, la destrucción de la ciudad de Santiago y su traslado al nuevo emplazamiento.³⁰ También en Guatemala se publicó el libro de Jesús M. García Añoberos sobre la Iglesia en ese país durante el siglo XVIII.³¹ Los aspectos de la historia de los indígenas fueron este año tratados en obras escritas en inglés y francés: Inga Clendinnen publicó un libro sobre indígenas y españoles en el Yucatán del siglo XVI; Sandra Orellana editó una obra sobre la medicina indígena en los altos de Guatemala; Robert Hill y John Monaghan publicaron su trabajo sobre la etnohistoria de Sacapulas; y Michel Bertrand una monografía sobre las comunidades indígenas de la región de Rabinal en el período colonial.³²

En 1988 dos historiadores guatemaltecos publicaron sendos trabajos dedicados al valle central de Guatemala: Jorge Luján Muñoz sobre la economía y la sociedad en la década 1670-1680, y Julio César Pinto Soria un estudio extensivo de todo el período colonial buscando los orígenes del regionalismo centroamericano.³³ El año 1989 sólo vio publicarse obras dedicadas a la historia indígena y de autores no centroamericanos: Grant D. Jones publicó un libro sobre la resisitencia maya a la conquista, William R. Fowler vio impreso,

²⁸ Severo Martínez Peláez, *Motines de indios: la violencia colonial en Centroamérica y Chiapas* (Puebla: Centro de Investigaciones Históricas y Sociales, 1985); y Lawrence H. Feldman, *Tumpline Economy: Production and Distribution Systems in Sixteenth-Century Eastern Guatemala* (Culver City: Labyrinthos, 1985).

²⁹ *Catholic Colonialism: A Parish History of Guatemala, 1524-1821* (Cambridge: Cambridge University Press, 1986).

³⁰ *Aspectos socio-económicos del traslado de la ciudad de Guatemala (1773-1783)* (Guatemala: Academia de Geografía e Historia, 1987).

³¹ *Población y estado sociorreligioso de la diócesis de Guatemala en el último tercio del siglo XVIII* (Guatemala: Editorial Universitaria, 1987).

³² Inga Clendinnen, *Ambivalent Conquest: Maya and Spaniards in Yucatán, 1517-1570* (Cambridge: Cambridge University Press, 1987); Sandra L. Orellana, *Indian Medicine in Highland Guatemala: The Pre-Hispanic and Colonial Periods* (Albuquerque: University of New Mexico Press, 1987); Robert M. Hill, II y John Monaghan, *Continuities in Highland Maya Social Organization: Ethnohistory in Sacapulas, Guatemala* (Philadelphia: University of Pennsylvania Press, 1987); y Michel Bertrand, *Terre et société coloniale: les communautés Maya-Quiché de la région de Rabinal du XVIe siècle* (México, D.F.: Centre d'Etudes Mexicaines et Centraméricaines, 1987), respectivamente.

³³ Jorge Luján Muñoz, *Agricultura, mercado y sociedad en el corregimiento del valle de Guatemala (1670-1680)* (Guatemala: Editorial Universitaria, 1988); y Julio C. Pinto Soria, *El valle central de Guatemala (1524-1821): un análisis acerca del origen histórico-económico del regionalismo en Centroamérica* (Guatemala: Editorial Universitaria, 1988).

después de mucho tiempo de elaboración, su trabajo sobre nicaraos y pipiles y la evolución cultural y finalmente, el francés Jean Piel publicó en español el resultado de sus investigaciones en Sajcabajá.³⁴

En los dos últimos años, al menos en lo que conocemos, la producción de literatura histórica sobre el área que nos ocupa ha sido más reducida. En 1990, Gisela Gellert y Julio C. Pinto publicaron un trabajo sobre el desarrollo histórico de la ciudad de Guatemala. En 1992, finalmente, ha aparecido un nuevo trabajo de Robert M. Hill, esta vez dedicado a la historia de los kaqchikeles bajo el dominio colonial.³⁵

Es posible que en esta larga y quizá tediosa enumeración haya quedado algún trabajo sin citar, aunque creemos haber incluido los más representativos de los publicados desde 1970. El número de artículos publicados en revistas especializadas en estos veinte años, y el de ponencias y comunicaciones presentadas en congresos y reuniones científicas en el mismo período es tal, que hace imposible su enumeración en estas líneas. Sin embargo, posteriormente haremos una referencia a este tipo de literatura, aunque ciñéndonos a los últimos tres años y a una muestra reducida.

¿Qué características sobresalen de los trabajos citados? En primer lugar, pensamos que ateniéndonos a los aspectos formales, es evidente que después de la panorámica general que supuso el libro de MacLeod, *Spanish Central America*, se produjo una eclosión de estudios regionales y hasta locales: los territorios o formaciones sociales analizados se reducen, y las fechas se extienden o acortan dependiendo de la riqueza y abundancia del material de archivo disponible. Por otro lado, se puede decir que, si exceptuamos el excelente trabajo de William Fowler en el que se discuten los enfoques teóricos sobre la transición de cacicazgos a Estado utilizando el argumento de pipiles y nicaraos, los demás son estudios de carácter netamente histórico —en el sentido tradicional del término— y a veces historicistas.

Se trata de estudios básicamente descriptivos, interesados fundamentalmente en conocer lo particular y a veces lo peculiar: qué sucedió, cómo y, a veces, por qué sucedió. Menos veces se preguntan qué consecuencias se siguieron de tales acontecimientos. Los trabajos más antiguos, generalmente anteriores al libro de MacLeod, se preocupan por la cronología de los eventos y por aspectos puramente políticos. Posteriormente, los procesos históricos se

³⁴ Grant D. Jones, *Maya Resistance to Spanish Rule: Time and History on a Colonial Frontier* (Albuquerque: University of New Mexico Press, 1989); William R. Fowler, *The Cultural Evolution of Ancient Nahua Civilizations: The Pipil-Nicarao of Central America* (Norman: University of Oklahoma Press, 1989); y Jean Piel, *Sajcabajá: muerte y resurrección de un pueblo de Guatemala, 1500-1970* (Guatemala: Seminario de Integración Social Guatemalteca, 1989).

³⁵ Gisela Gellert y Julio C. Pinto Soria, *Ciudad de Guatemala: dos estudios sobre su evolución urbana* (Guatemala: Centro de Estudios Urbanos y Regionales y Universidad de San Carlos de Guatemala, 1990); y Robert M. Hill, II, *Colonial Cakchiquels: Highland Maya Adaptations to Spanish Rule, 1600-1700* (Forth Worth: Harcourt Brace Jovanovich, 1992).

observan desde la óptica de lo económico, lo religioso, lo social o lo demográfico. Se pone el énfasis en la situación y evolución de la población española o indígena, o como quiere Nancy Farriss —y ya habían hecho Martínez Peláez o Guzmán Blöcker y Herbert— considerando al indígena como sujeto de su propia historia.

Cada vez los estudios son más completos y acabados; minuciosos y precisos. Se completa este y aquel detalle histórico. Se reduce el campo y se tiende al análisis microsocia: a veces, como sucede en los estudios de Hill y Monaghan sobre Sacapulas, y Jean Piel sobre Sajcabajá, el objetivo es un pequeño pueblo de indios, y se explotan hasta el infinito las posibilidades de algún valioso documento de origen indígena. Los documentos y cronistas se leen una y otra vez, críticamente, en busca de una nueva interpretación. Se añade un dato nuevo a las series demográficas; se amplía o reduce en unos cientos o miles el número de indígenas que se piensa vivían en este o aquel territorio en tal período... De este modo, el cuadro se va completando con trazos cada vez más finos y nuestra curiosidad se va saciando. Sin embargo, hay otro aspecto que conviene destacar en la literatura repasada y sobre el que volveremos más tarde: la inmensa mayoría de los trabajos han sido realizados por historiadores y antropólogos no centroamericanos, y están escritos originalmente —incluso en el caso de algunos historiadores centroamericanos— en inglés, aunque posteriormente se publiquen en español.

Permítasenos avanzar algo más en esta línea del origen cultural de los narradores de las historias. En la ya citada obra *Spaniards and Indians in Southeastern Mesoamerica*, editada en 1983 por Murdo J. MacLeod y Robert Wasserstrom, los ocho autores que pretenden informar sobre lo que se había escrito hasta entonces y lo que convenía investigar a partir de 1980 sobre la historia de esa región, son estadounidenses y trabajan en universidades de los Estados Unidos. En el volumen publicado en 1982 dedicado a la demografía histórica de los altos de Guatemala, del que fueron editores Carmack, Early y Lutz, intervienen catorce especialistas. De ellos, sólo dos no trabajan en instituciones académicas de América del Norte ni tienen el inglés como lengua materna: Michel Bertrand es francés y Jorge Arias de Blois (q.e.p.d.) era guatemalteco, especializado en demografía histórica del siglo XIX. Todos los trabajos del volumen están publicados en inglés.

En 1985, la Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla (C.S.I.C.) publicó un homenaje al profesor Sidney D. Markman, bajo el título de *Estudios sobre el Reino de Guatemala*. La edición estuvo al cuidado de Duncan Kinkead. De los once autores que participan en la obra, seis son estadounidenses, tres españoles y dos centroamericanos, uno de ellos guatemalteco: Jorge Luján Muñoz. En la misma línea, el Centro de Investigaciones Regionales de Mesoamérica (CIRMA) publicó en 1989 un libro que reunía trabajos de diversos autores, compilados por Stephen Webre, bajo el título de *La sociedad colonial de Guatemala: estudios regionales y locales*. Dos norteamericanos, tres europeos no hispanohablantes, una española y un guatemalteco componen el listado del índice.

Esta es también una relación sin duda incompleta y que sólo hace referencia a publicaciones de carácter general sobre Guatemala, pero sirve suficientemente para los propósitos de este ensayo. Adentrémonos un poco más en el muestreo. *Mesoamérica*, una publicación periódica de CIRMA y Plumsock Mesoamerican Studies, es una de las revistas especializadas de mayor difusión e interés en la actualidad en lo que se refiere a los estudios históricos y antropológicos sobre Mesoamérica y, de modo general, América Central. Los cinco últimos volúmenes aparecidos desde 1989 (números 17 a 21), ofrecen el siguiente panorama. De los cuarenta y un trabajos publicados en sus páginas, el 59 por ciento pertenecen a autores estadounidenses, el 17 por ciento a investigadores mexicanos, el 12 por ciento son de autores centroamericanos, el 9 por ciento de europeos y uno es de un especialista japonés.

En esos artículos se citan 613 referencias bibliográficas: de ellas, 397 (65 por ciento) son de autores anglófonos, 161 (26 por ciento) de autores hispanohablantes —cuatro españoles—, 48 (8 por ciento) son de europeos que no se expresan en inglés o español, y 7 (1 por ciento) de autores japoneses. En la sección de reseñas de libros se comentaron 42 obras de las cuales 32 (76 por ciento) eran de autores norteamericanos, 7 (17 por ciento) de investigadores de América Central, dos (5 por ciento) de españoles y sólo una (2 por ciento) de un especialista mexicano. Como se puede ver fácilmente, el 70 por ciento de los trabajos sobre la historia y cultura de los pueblos centroamericanos están realizados por especialistas de otros países, y más del 75 por ciento de los argumentos, citas y referencias utilizados en sus trabajos proceden, a su vez, de autores no centroamericanos, con una muy elevada proporción de especialistas angloparlantes y fundamentalmente estadounidenses. Todo ello en una publicación como *Mesoamérica* que se caracteriza precisamente —según es el espíritu de CIRMA— por la apertura, el interés por convertirse en foro para los trabajos realizados por investigadores de cualquier procedencia, especialmente para los centroamericanos, y que publica todos sus textos en español.

De todo lo expuesto en este apartado se deduce que en los últimos veinte años, y con algunas excepciones que a veces han sido especialmente significativas, la narración e interpretación de la historia del área a la que nos hemos venido refiriendo, se ha llevado a cabo por especialistas foráneos y se ha escrito fundamentalmente en inglés. Como veremos, este hecho es susceptible de interpretación y tiene algunas importantes consecuencias para la vida de los hombres y pueblos protagonistas de dichas narraciones.

Discurso histórico, dominación cultural y desarrollo

En el principio de estas páginas habíamos expresado nuestra opinión sobre el carácter fundamentalmente *émico*, cultural, de la narración histórica: el discurso histórico interpreta los hechos acaecidos en una formación social y en un período determinados, desde las perspectivas culturales del historiador.

Podría decirse que la *objetividad* histórica existe solamente en relación con dos parámetros: los datos verazmente documentados y las categorías culturales desde las que se construye el discurso. Estas últimas imponen no sólo la articulación de los hechos en el discurso mismo —en orden a su integración e interpretación— sino también la selección de los datos y acontecimientos que se consideren relevantes.

En el caso que ahora nos ocupa, encontramos un discurso histórico que, si bien tiene en cuenta metódica y escrupulosamente —científicamente— los datos contenidos en la documentación, está construido en su mayor parte desde categorías culturales ajenas a las que son propias de la sociedad de cuyo desarrollo histórico se habla. Es en este sentido un discurso ajeno. Es como un mito elaborado desde fuera y con conceptos extraños y, lo que resulta aún peor, con intereses manifiestos o latentes que no son los de los protagonistas de la sociedad cuyo desarrollo histórico se describe. A esta situación se añade el hecho de que la descripción se hace en su mayor parte en una lengua que es también ajena a la sociedad que se historia. Esto último no se puede considerar baladí: el lenguaje es equívoco; refleja una forma de pensamiento particular, y los mismos conceptos empleados derivan de experiencias histórico-culturales específicas.

De este modo, América Central no sólo ha sido y es una región sometida a diferentes y sucesivas dominaciones coloniales en los últimos quinientos años, los mismos que ahora se quieren conmemorar; no sólo es una región política y económicamente dependiente en la actualidad, sino que padece también una dominación cultural que se manifiesta en su forma más refinada, pero también más alarmante, por medio de la elaboración ajena, extraña, de su propio discurso histórico. Una forma de colonización que condiciona, hace dependiente, la misma construcción de la identidad sociocultural de las sociedades centroamericanas, en tanto que si admitimos que la identidad de un pueblo tiene un componente esencial en la memoria histórica, la de los centroamericanos puede ser una memoria histórica impuesta: son otros los que les informan sobre cómo fueron y llegaron a ser lo que hoy son.

No estamos defendiendo, de nuevo, la imposibilidad de que los historiadores hagan estudios de otras sociedades que no sean las propias. Tampoco, como indicábamos páginas atrás, la inutilidad de tal esfuerzo. Ni siquiera se puede cuestionar la ética del historiador que dedica su tiempo a esta tarea. La aproximación a las historias de los otros es tan legítima como los estudios sobre la propia sociedad. Su validez para el avance del conocimiento —en el ámbito cultural del historiador— es evidente, aunque las interpretaciones deban hacerse con todas las cautelas que impone tratar de comprender a los demás desde categorías culturales ajenas. La necesidad de conocer lo que sucedió más allá de los límites territoriales ocupados por los propios antepasados es obvia dadas las consecuencias que se siguieron para todos los pueblos, desde una perspectiva no sólo europea, del desarrollo de los medios

de transporte y las comunicaciones después de los siglos XIV y XV.³⁶

Estos estudios son útiles y hasta necesarios. También para las sociedades que son sujeto de las historias narradas por aquéllos: las diversas perspectivas, observadas críticamente, son sin duda enriquecedoras para la construcción del discurso histórico propio. Empero, es necesario que exista el discurso propio para que se produzca ese enriquecimiento, y es este último el que resulta estar casi ausente en el caso que nos ocupa. Los centroamericanos deben urgentemente afanarse en construir su propia historia, desde sus categorías culturales y sirviendo a sus propios intereses académicos y sociales. Sólo así podrán evitar que se escriba sobre ellos el mito de la rana saltarina: los historiadores europeos o norteamericanos podrán escribir sobre cómo los ven, pero los centroamericanos deben decir cómo son, cómo se ven a sí mismos.

Porque el conocimiento de la propia historia, desde la perspectiva cultural también propia, tiene consecuencias para el presente —la construcción de la propia identidad, como se vio, depende en buena medida de ella— pero también para el futuro de una sociedad: el cambio social se produce en la interacción dialéctica entre el pasado y la acción. Todo cambio social tiene un componente endógeno —el pasado contiene de algún modo el germen del futuro— y otro exógeno. El endógeno es consecuencia de la trayectoria de una formación social concreta; el exógeno puede contener elementos imitativos o impuestos en el caso de las sociedades económica y culturalmente dependientes.

Se podrá objetar que en una época de planetarización creciente, de expansión de los modelos culturales “occidentales” y de cada vez mayor supeditación de las decisiones económicas locales a las macroestructuras globales y a los intereses de las grandes potencias, el peso específico de las trayectorias históricas particulares resulta insignificante. Sin embargo, la misma supuesta universalización pone de relieve cada vez más la diversidad cultural y la importancia de los movimientos sociales que cuestionan la hegemonía de las ideas universalistas —e imperialistas— occidentales que están en el origen del pensamiento planetario: hay también un proceso de deslegitimación de estas categorías.³⁷

Estas ideas universalistas y planetarias tienen su origen en el discurso evolucionista decimonónico, creado por el pensamiento científico europeo, que defendía el desarrollo unilineal y economicista: todas las sociedades se dirigen hacia un mismo fin a través de mecanismos semejantes. De este modo,

³⁶ Véase en este sentido la obra de Eric Wolf, *Europe and the People without History* (Berkeley: University of California Press, 1982).

³⁷ Véase Roland Robertson y Frank Lechner, “Modernization, Globalization and the Problem of Culture in World-Systems Theory”, *Theory, Culture and Society* 2 (1985): 103-117. También es interesante el debate planteado en el trabajo de Immanuel Wallerstein, “Societal Development, or Development of the World-System”, en *Globalization, Knowledge and Society*, Martin Abrow y Elizabeth King, editores (Londres: Sage, 1990), pp. 157-172. Esta publicación contiene otros trabajos también ilustrativos en relación con el tema mencionado.

el desarrollo era considerado consecuencia de variables económicas que son iguales para todas las sociedades. Frente a esta concepción universalista se plantean alternativas que defienden modelos de desarrollo, de cambio social, que tienen presente las trayectorias de cada sociedad concreta y sus peculiares circunstancias. No sólo para con ellas llegar a un destino común a todas, sino para crear su propio camino.

Los procesos de cambio y desarrollo así entendidos, atienden fundamentalmente a dos aspectos: de un lado, conciben el desarrollo de un modo integral y tienden a lograr el bienestar de los individuos y grupos tanto en el ámbito de lo económico como de lo sociocultural; además, toman como punto de partida aquellos elementos que constituyen el núcleo cultural de los pueblos que lo protagonizan, emprendiendo acciones e impulsando procesos que son coherentes con su propia cultura. La trayectoria histórica y el reconocimiento y potenciación de la identidad cultural se convierten así en elementos fundamentales en la elección de estrategias y acciones para el desarrollo.³⁸

Es en este sentido en el que la elaboración histórica adquiere una dimensión nueva que no habíamos contemplado anteriormente: el relato histórico contribuye a construir la propia identidad a partir del conocimiento y la interpretación de la evolución de la sociedad. Sin embargo, ha de ser necesariamente un discurso histórico que se construya y explique desde la perspectiva cultural propia y con lenguaje y categorías también propios; una verdadera historia y no una historia impuesta, construida con categorías ajenas. Ese es, al menos, nuestro punto de vista sobre el tema, y la idea central del discurso que hemos querido presentar: resulta necesario un esfuerzo adicional de los historiadores centroamericanos para construir su propio discurso histórico.³⁹ Este es un paso fundamental, aunque no único, para que los pueblos de la América Central puedan salir de la situación de dependencia y colonización que, de un modo u otro, han soportado en los últimos quinientos años.

³⁸ Véase Xavier Dupuis, *Culture et développement: de la reconnaissance à l'évaluation* (París: UNESCO, 1991).

³⁹ Durante la celebración del congreso de Tegucigalpa hemos podido observar el esperanzador incremento que está experimentando el estudio de la propia historia por parte de los autores centroamericanos, especialmente costarricenses, quienes han presentado abundantes comunicaciones y de calidad. Esperamos y deseamos que el Primer Congreso Centroamericano de Historia marque el inicio de una inflexión en el panorama presentado en estas páginas.